

METAPOLÍTICA Y ÉTICA EN LOS TIEMPOS DE PROLIFERACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA ESPAÑOLA *METAPOLITICS AND ETHICS IN SPANISH HISTORICAL MEMORIES*

Txetxu Aguado
(University of Cincinnati)

I/C - Revista Científica de
Información y Comunicación
2009, 6, pp235-252

Resumen

Este trabajo analiza desde la literatura la fertilidad de la memoria como un evento político, en la denominación del filósofo Alain Badiou, encaminado a desentrañar claves y procesos de verdad no tomados en cuenta durante la Transición. En concreto se analizan una novela de Andrés Trapiello, *Días y noches* (2000), y otra de Suso de Toro, *Hombre sin nombre* (2006), en su potencial para desmitificar la Guerra Civil y abrir el recuerdo a una noción de ética y de justicia donde lo dejado de lado encuentre el camino de su presencia.

Abstract

*This paper analyses fertility of the memory as a political event, as it is called by philosopher Alain Badiou, focused to unravel keys and processes of truth to which Transition have not paid attention. Specifically it analyses a novel by Andrés Trapiello, *Días y noches* (2000), and another one by Suso de Toro, *Hombre sin nombre* (2006), and their potential to destroy the myth of Civil War and to open the memory to ethic and justice, so that what is forgotten could find its way to be present.*

Palabras clave

Metapolítica / Memoria histórica / Transición / Guerra Civil española /
Literatura y memoria

Keywords

*Metapolitics / Historical Memories / Transition / Spanish Civil War /
Literature and Memory*

Sumario

1. A vueltas con la memoria una vez más.
2. La metapolítica de la memoria.
3. La memoria de la metapolítica.
4. Andrés Trapiello. *Días y noches*.
5. Suso de Toro. *Hombre sin nombre*.
6. Finalmente: la ética.

Summary

1. *Memory again.*
2. *Metapolitic of memory.*
3. *Memory of metapolitic.*
4. *Andrés Trapiello. Days and nights.*
5. *Suso de Toro. Hombre sin nombre.*
6. *Finally: ethic.*

No deja de llamar la atención la abundancia de novelas, documentos o simposios sobre el tema de la memoria, y del olvido, en relación al periodo que arranca desde la II República, la Guerra Civil y el franquismo hasta la Transición a la democracia. Tal esfuerzo memorístico hablaría de una necesidad por dar voz a personas y discursos que la Transición, más interesada en construir una arquitectura formal democrática para todos que en otra cosa, habría premeditadamente olvidado para no remover las turbulentas aguas del pasado. Hablaría de una necesidad, pero también de una proyección hacia el futuro, porque sigue echándose de menos una reparación, al menos moral, de las víctimas del franquismo y, en conexión con ello, un hacer gravitar la democracia española no hacia el estado dictatorial desde el cual evoluciona, sino hacia la República y sus intentos por definir un marco de convivencia democrática para todos.

Es así que en este trabajo me propongo analizar desde la literatura la fertilidad de la memoria como un evento político, en la denominación del filósofo Alain Badiou, encaminado a desentrañar claves y procesos de verdad no tomados en cuenta durante la Transición. La literatura, su ficcionalización de circunstancias pasadas, abre la puerta a un conocimiento extra recogido en forma de memoria. En concreto analizaré una novela de Andrés Trapiello, *Días y noches* (2000), y otra de Suso de Toro, *Hombre sin nombre* (2006), en su potencial para desmitificar la Guerra Civil y abrir el recuerdo a una noción de ética y de justicia donde lo dejado de lado encuentre el camino de su presencia.

1. A vueltas con la memoria, una vez más.

El ejercicio de la memoria vendría a proponer reparaciones morales y a reclamar una continuidad histórica de nuestro presente con su origen en el pasado republicano, con el propósito de condenar de una vez por todas al franquismo al lugar que le corresponde como dictadura cruel y violenta. Lo cual tampoco significa olvidar este periodo, sino singularizar la dictadura como un momento anormal entre otros dos democráticos.

Curiosamente, la insistencia en la recuperación de la memoria, tiene lugar en un momento histórico donde proliferan medios electrónicos de almacenamiento sin parangón en el pasado. Nunca ha sido más fácil recuperar y consultar archivos y nunca se ha hecho un mayor esfuerzo investigador por estudiar y analizar el ayer. ¿Cómo explicar entonces que en un momento caracterizado por la abundancia de memoria como el actual se sienta con particular agudeza el miedo a perder la memoria, a perder las claves explicativas e interpretativas del pasado en el presente? Parece que cuanto más accesible es la memoria de cualquier tiempo o lugar, mayores son las inquietudes suscitadas sobre su capacidad para articular significado. El problema aquí quizás no sea tanto el de la amnesia -la pérdida de materia memorística- como la aparición de memorias percibidas como irrelevantes o falsas amparadas por las narrativas históricas y de memoria de la Transición.

Por si fuera poco, desde otros círculos comienzan a sucederse también reescrituras históricas que sin negar la brutalidad de la Guerra Civil o del franquismo, la edulcoran en el único lugar que pueden hacerlo: en la vida cotidiana de aquellos que a pesar de todo vivían bien y más de una vez le sonreían a la vida. Es preocupante comprobar cómo cualquier cotidianidad es susceptible de convertirse en memoria relevante y no precisamente porque la manifestación del horror franquista necesite de la supresión de la alegría, ni siquiera porque haya que suprimir la emotividad o la sentimentalidad del recuerdo. Nada más lejos de ello. El conflicto surge al querer suprimir una cosa con la otra; al querer eliminar o al menos oscurecer un recuerdo, el de la brutalidad del franquismo, recurriendo a otro, el de todos aquellos que no lo pasaron tan mal. Es querer, en suma, falsear la realidad, amputándola de uno de sus componentes: el de los que sufrieron la represión y violencias franquistas directamente.

Y dentro de la falsificación histórica, se incluye también lo que, por otro lado, podría denominarse la memoria nacionalista, tanto la llamada centralista como la periférica. Sus constantes reescrituras de los agravios recibidos o por recibir y los anhelos indisimulados de las unidades pasadas, ya sea en lo particular o en lo universal, obstruyen en la mayoría de las ocasiones los canales del recuerdo con simples ruidos, electricidad estática dificultando la rememoración de lo importante. No se está criticando la historia alternativa basada en una memoria otra y contrarrestando la

afición del poder a dotarse de una Historia con mayúsculas de sentido unívoco. En absoluto. Se está hablando de esas historias de corte hegeliano cuya finalidad última es la realización de alguna esencia española o francesa o vasca. Por aquí tampoco circulará la memoria relevante. En este caso, sería necesario recordar lo que Friedrich Nietzsche reclamaba en la segunda de sus *Untimely Meditations*: liberarnos del peso del pasado para no atragantarnos con él y dejar un hueco a la creatividad del definirnos como más nos apetezca ser (1983). Este tipo de olvido vendrá a aliviar la memoria compulsiva que nos quisiera ver siempre amarrados a la peculiaridad cultural o racial, con menoscabo de otras dimensiones de lo individual. Más importante, incluso, es el construirnos al margen de las memorias cooptadas por el poder del estado que nos hacen circular por caminos memorísticos de dirección e interpretación cerradas.

¿Será posible entonces elaborar una memoria colectiva donde tenga cabida la experiencia familiar o individual al margen de las visiones congratulatorias de los estados, y donde democráticamente se participe en su elaboración, difusión y control? ¿Será posible encontrar la memoria significativa no sólo para mi comunidad, mi país o mi nación, sino también para la comunidad de lo humano a la que pertenecemos como experiencias a seguir defendiendo o a no repetir?

2. La metapolítica de la memoria.

Llama la atención la displicencia, teñida de desconfianza, con la que se recibe la proliferación de la memoria, principalmente desde la izquierda, en las esferas académica y políticas. Desconfianza, se nos dice, porque la memoria juega con un material demasiado impregnado de lo emocional, por si fuera poco de trayectoria y significación incierta. Sus contenidos están sujetos a las manipulaciones y olvidos propios del paso del tiempo. De esta opinión sería el historiador Javier Ugarte: "El legado intangible, inicialmente echado en el olvido [. . .] ha producido en estos casi treinta años un espeso sedimento, un fuerte y variado resto en el imaginario colectivo; un poso, una memoria múltiple, pero sobre todo turbia y mal gestionada" (2006: 187). La displicencia se derivaría entonces de la ausencia de contraste, de la falta de seguimiento de las reglas del método científico que caracterizaría a las disciplinas encargadas del estudio del pasado. En realidad, tanto los discursos académicos como los políticos lidian mal con manifestaciones de memoria que no siguen las explicaciones con las que se nos recompone - es cierto que lo hacen por nosotros - el pasado. Critican la reconstrucción exhaustiva del ayer sin discriminación entre lo íntimo, lo personal o lo social. Casi parece que el exceso de memoria sería lo propio de aquellos que no son capaces de entender los procesos históricos, las supuestas bondades de la Transición entre otros, y se empeñan

en recordar todo lo que cuestiona las verdades de la memoria oficial en lugar de dejarse guiar por ella.

Desde la perspectiva de la memoria hegemónica en manos de círculos académicos y estatales, desde la condena sin paliativos de la otra memoria, se incita a un cierto grado de olvido. Es mejor, se dice, no volver a las problemáticas irresolubles del ayer en aras de un espíritu de convivencia en el hoy. De aquí surgen todos los tópicos sobre el pasado con los que se nos ha bombardeado desde hace años: que si todos mataron durante la Guerra Civil, que si todos ejercieron violencias sobre los inocentes, que si todos fueron víctimas, que sin la intervención extranjera todo habría sido distinto, y un sinfín más de argumentos similares. Es tal la insistencia en que nos arrimemos a estas nociones que se empieza a dudar de los verdaderos motivos de las versiones de la Transición sobre lo que realmente ocurrió entonces. ¿Por qué la democracia española no consigue dar cabida al discurso de la proliferación de la memoria instándonos en su lugar al silencio? Será como dice el historiador Santos Juliá, que sólo se echa al olvido aquello que se quiere poner de lado (2004: 50). Puede ser, pero lo puesto de lado sobrepasa con creces a lo que se ha querido mantener, y no precisamente por una manía de síntesis.

No obstante, más productivo que el acercamiento a la Transición a través de la noción de amnesia, deliberada o no, me interesa caracterizar la abundancia de memoria como evento, como un fenómeno singular con implicaciones políticas. Quiero decir que en lugar de dirimir sobre el silenciamiento o no de las voces del pasado, o sobre las buenas o malas intenciones de la escritura oficial de la memoria, me interesa más analizar este fenómeno desde la noción de crisis, es decir, desde las aperturas y cuestionamientos que propicia en las interpretaciones ya existentes. La crisis haría referencia a esa memoria que produce un serio contratiempo en los reclamos de autenticidad y de verdad de las narrativas oficiales. Me refiero a un tipo de memoria invisible que sólo encuentra salida a la luz pública en los testimonios individuales, que se deja apresar a duras penas en los entresijos del miedo de quien todavía aún hoy en día no se atreve a expresarlo todo sobre su experiencia vivida.

Si llamo a este fenómeno evento es porque nos sitúa al margen de la repetición constante de los mismos esquemas memorísticos puestos en circulación una y mil veces durante la Transición y la democracia. Este evento de crisis, contrarresta esa *satiación*, esa saturación de lo mismo que en palabras de Jean Baudrillard conduce simultáneamente a un “lockjaw and inertia” (1989: 31). Así describe Baudrillard el fenómeno: “Paul Virilio has correctly called it 'polar inertia'. It is as if the poles of our world were converging, and this merciless short circuit manifests both overproduction and the exhaustion of potential energies at the same time” (1989: 33). La tendencia a la inercia polar, a la sensación de que todo está convergiendo en un mismo punto explicativo e interpretativo, en nuestro caso sobre la

memoria, produce curiosamente un exceso de producción de las mismas memorias hegemónicas, de los mismos discursos oficiales, y una sensación de agotamiento de la capacidad para el pensamiento novedoso o para la visión alternativa. Precisamente, la abundancia de la memoria, no recogida por lo oficial, vendría a poner a prueba los esquemas paradigmáticos más condescendientes con la benignidad de la Transición.

Pensemos además que la fortaleza de este evento de crisis - la abundancia de memorias dispares, su proliferación indiscriminada, cuando no caótica, ajena a los circuitos de conocimiento académico y fuera, por no decir que en contra, de las justificaciones y legitimaciones del poder del estado - reside en su capacidad para la transformación mediante la intervención política. Será ésta singular al evento considerado y exterior a los círculos políticos conocidos. ¿Por qué la denominación de político? Siguiendo a Alain Badiou: "An event is political if its material is collective, or if the event can only be attributed to a collective multiplicity [. . .] Collective means immediately universalizing" (2005: 141). La multiplicidad no se refiere a su facultad ni para atraer grandes números ni para aglutinar grandes masas en torno suyo. Se refiere a la habilidad para sumar voluntades, para universalizar una determinada problemática casi ignorada hasta el momento de la aparición del evento y convertirla en propia de una colectividad. Es decir, el evento es político cuando su vocación es la de ir más allá de lo meramente individual, permeabilizando las preocupaciones y actividades de los muchos.

Por otro lado, la atribución de la categoría de político al evento de la aparición de memorias contrahegemónicas no debe entenderse en un sentido tradicional como aquella que se dirime dentro de las esferas del estado y finalmente lo reafirma. Más bien es al contrario. Es político, en palabras de Jason Barker, traductor y responsable de la introducción al libro de Badiou *Metapolitics*, porque "radically detracts, or substracts 'itself,' from an experience of what 'the social world' is" (2005: ix) y porque resiste "the logic of the State" (2005: xviii). Dicho de otro modo, la memoria de la que se está hablando, su razón de ser y formulación, ataca sin cortapisas los esquemas de justificación de la organización estatal de la Transición. Aquí reside la importancia fundamental de estas memorias, de sus excesos: cuestionan la configuración del mundo social realmente existente y la lógica sobre la que se apoya y lo avala. Por eso el evento de memoria, incapaz de integrarse en el mundo social tal y como se le conoce, produce malestar en la memoria oficial. Produce también incertidumbre sobre cómo proceder en aquellos que quieren poner en evidencia la memoria dulcemente grata del poder y sus razones de estado. Impugnan, en suma, las memorias oficiales, como se ha dicho, o las memorias de la tranquilidad, en un definición más apropiada, éstas que si bien es verdad que consuelan y confortan a muchos, no lo es menos que dejan a bastantes sin voz ni voto,

perplejos, por decir lo menos, frente a una reconstrucción del pasado que los excluye.

Por si quedara alguna duda, Badiou aclara el papel a jugar por lo político: "The essence of politics is not the plurality of opinions. It is the prescription of a possibility in rupture with what exists" (2005: 24). La ruptura con lo que existe es la introducción de la duda -gracias al evento político de la memoria- en la noción de consenso, ese "signifier" mágico de la Transición, cuya invocación parece aplacar por arte de birlibirloque todos los males, los remordimientos, las culpas y responsabilidades de algunos, ésas mismas hechas públicas con la interpretación disidente sobre la institución del estado español en la democracia. Y debe quedar claro que lo buscado no es la pluralidad de más memorias, más opiniones como si dijéramos, sino la fundación de una nueva y con voluntad hegemónica.

Es importante destacar cómo la vertiente política del evento engendrará verdades - memorias alternativas - dirimidas en un proceso de debate y toma de decisiones sobre la intervención más adecuada (Badiou, 2005: 15). Ahora la verdad no es lo consistente con un sistema moral particular, no es lo que se ajusta a sus máximas o reglas, ni siquiera es verdad aquello consensuado por la inmensa mayoría, o lo que ha recibido el respaldo de la votación mayoritaria. La verdad no circula por las coherencias sistémicas de un cuadro moral ni por el beneplácito de las mayorías parlamentarias. Como todas las verdades, la engendrada en lo político se nos presentará a posteriori como conocimiento (Badiou, 2005: 23), es decir, como comprensión certera sobre el potencial y las limitaciones de la acción propuesta, de sus aciertos y sus fracasos, como equilibrio entre las aperturas que propicia y las cerrazones que favorece. La verdad destapada es un conocimiento nuevo, inexistente con anterioridad al surgimiento del evento.

Es más, la denominación de metapolítica para este proceso se relaciona con su radical separación, siguiendo a Badiou, de la filosofía política cuya tarea principal consiste en pensar lo político actual; en realidad, en pensar a priori el poder del estado acompañados de normas éticas (Badiou, 2005: 11). A diferencia de su correligionaria, la actuación metapolítica pone al descubierto los postulados sobre los que se basa, en este caso, la memoria del consenso de la Transición y su intervención aboga por su desmantelamiento y elaboración de memorias distintas. De aquí emana, de igual manera, un concepto de justicia, ajeno nuevamente al cumplimiento de máximas éticas que separan lo bueno de lo malo. Por el contrario, se relaciona con la capacidad de los que escriben la memoria alternativa para discernir lo que es justo de lo que no lo es: "it is founded upon the egalitarian principle of a capacity to discern the just, or the good" (Badiou, 2005: 98). La justicia deja de ser un ideal trascendental a realizar en un futuro incierto, si es que alguna vez se materializa como tal, para concretarse en el ahora de la verdad política. Badiou sustituye un concepto

de justicia exógeno a la situación analizada por uno endógeno a la misma, enunciado en actuaciones particulares en lugar de situarlo en la lejanía de un horizonte ideal por venir. El sujeto capaz de llevar a buen término la política y sus verdades se origina en este proceso; es casi, diría, que inherente al mismo. No es un sujeto construido independientemente de la situación particular, del evento, que lo ocasiona.

3. La memoria de la metapolítica.

En el ámbito de la producción cultural, ¿cuál es la manifestación que mejor da cuerpo al evento político de la memoria y de la vuelta a su interés desde los años 90? ¿En qué campo cultural se dirime sobre sus contenidos, se articulan políticas y se establecen actuaciones? ¿Es la historia o la literatura uno de estos campos llamados a acomodar el evento de memoria? Dado que el estudio de la historia es a posteriori, dado que no da lugar a eventos sino que los analiza una vez producidos, quizás no sea el mejor terreno para echar luz sobre la inmediatez de la crisis. Por otro lado, cierta historia se ha comprometido en profundidad con la visión congratulatoria de la Transición y su supuesta superación de las tensiones del pasado. ¿Y la literatura?

No se pretende aquí sustituir la historia por la escritura literaria, ni viceversa. Aunque es cierto que la producción en ambas esferas sobre los temas de la Guerra Civil, franquismo y Transición es muy abundante, lo que interesa entender es esa memoria ausente de los discursos existentes que recurre al literario, en su capacidad testimonial, para mostrar su singularidad. Y no precisamente por ser única ni original ni elevar al lector a alturas estéticas insuperables, sino porque en la mayoría de los casos representa la de otros a los cuales se acude, para los cuales incluso se escribe, por su proximidad con nuestra experiencia. La noción de cercanía es también la diferencia fundamental para Enrique Lynch entre historia y literatura: “La historia se ocupa de hechos que no son míos y que hago míos por derivación, mientras que la literatura se ocupa de hechos que son de otros pero que inmediatamente he de hacer míos, porque alguien los narra precisamente para que yo pueda apropiarme de ellos” (2003: 197-98). Al escuchar o al leer, lo narrado deviene lo propio de uno, se asimila y se toma como si nos hubiera sucedido a nosotros, porque se ha escrito teniéndonos en cuenta. La relación entre escritura y lectura, cuando se produce el fenómeno de la empatía, no está mediada por regulaciones ni representaciones de lo histórico. Es directa, en particular, cuando apela a lo emocional, sin por ello llegar a confundirnos con ése que transmite. Se muestra solidaridad hacia su condición, pero rara vez se podrá llegar a una identificación total.

Lo cual no está tan claro en el concepto de postmemoria desarrollado por Marianne Hirsch en su libro *Family Frames: Photograghy,*

Narrative, and Postmemory. La postmemoria hace referencia a esa vivencia no directamente experimentada por nosotros que, sin embargo, nos influye, nos conforma e incluso nos persigue. Suele llegar a través del recuerdo de padres o abuelos, o a veces no se nos hace patente y nos acaba arrastrando a una dolorosa tarea de indagación. Puede ocurrir que la cercanía a lo transmitido y nuestro involucramiento emocional en ello nos confinen en exceso al espacio y tiempo del yo en detrimento de actuaciones más allá de la esfera personal. Además, como apunta J. J. Long: "The mental constructions of postmemory must exist in some kind of dialogue with the empirical, must be open to confirmation or contestation by [the] real" (2003: 123-24), para no quedar reducido a una elaboración fantasiosa. Con la postmemoria se podría incurrir en dos problemas: la construcción de una memoria falsa, como señala J. J. Long, y la imposibilidad de abandonar lo íntimo en busca de lo colectivo. No se entiende muy bien cómo sin la existencia de canales de trasvase desde lo familiar a lo social se llega a poner en pie una actuación política que no pierda por el camino gran parte de su poder revulsivo.

Por su parte, la idea de recuperar la memoria histórica - lo propio del evento de crisis - puede resultar chocante por cuanto liga en un mismo concepto dos áreas de trabajo distintas, dos formas de conocimiento no fácilmente reconciliables, que podrían subsumirse a literatura o a historia. No obstante, como apunta Ignacio Sotelo, el concepto de 'memoria histórica' resulta polémico únicamente por sus implicaciones políticas, y es en esta dimensión en la que es menester estudiarlo, precisamente el campo de actuación de Badiou. Porque como también señala Juan Aranzadi: "el hecho político nuevo más relevante y de más trascendencia de la política española en la década de los noventa ha sido la ruptura del pacto de silencio sobre el lado sombrío de la transición y de la 'democracia'" (2001: 562). Las sombras harían referencia a la reparación de los silencios y a la recomposición desde el terreno político de una memoria de la democracia menos interesada.

A lo mejor no habría que contraponer tanto la historia a la memoria, como el evento memorístico a las narrativas sin la fuerza ni autenticidad suficiente como para contener a todos, o a casi todos. Las miradas alternativas del evento de memoria desarman los mitos persistentes en la memoria oficial de la Transición, aunque también, y esta sería la novedad, cuestionan los movimientos críticos con la Transición pero acrílicos con su versión alternativa. Durante demasiado tiempo, en particular desde la izquierda, oponerse a la versión oficial ha sido suficiente para legitimar la postura propia. Va siendo hora de proponer una memoria alternativa a la de la Transición desde el más estricto examen de la memoria que se propone para sustituirla. No es aceptable ya no reconocer los errores del bando republicano y proponer acríticamente una memoria pura y limpia de sus faltas.

Con otras palabras, el evento de crisis de la memoria se apoyaría sobre dos procesos de desmitificación. Uno de ellos sería el que se abre a la proliferación de la memoria escondida en el recuerdo, la denigrada, apartada y silenciada por no configurarse según la memoria oficial. Aquí se

incluirían la inmensa mayoría de los testimonios literarios e incluso producciones fílmicas cuyo objeto es el de dar luz a lo oscurecido durante los años del franquismo, pero también de la Transición. El otro proceso, sería el de la recuperación de esa memoria celosamente guardada y silenciada, permitirle salir de sus catacumbas del recuerdo para reflexionar sobre la memoria de izquierdas en exceso condescendiente consigo misma. Si nos ceñimos en exclusiva a la Guerra Civil, por un lado, habrá que desmontar las razones de los golpistas para legitimar sus crímenes durante 40 años. Por el otro lado, la desmitificación abarcará la autocrítica desde la izquierda de lo que probablemente fue poco más que otra guerra, provocada por los franquistas, por supuesto, pero llena de episodios poco reconfortantes. Entiéndase bien que no se está hablando de equidistancia. ¿Cómo podría haber un reparto igual de culpas cuando unos fueron en su mayor parte víctimas y otros verdugos? ¿Cómo podría haber ejercicios críticos similares cuando unos tuvieron los aparatos del estado para encubrir sus crímenes y los otros no?

Permitame el lector repetirlo una vez más. Me interesa analizar desde la literatura movimientos contrarios a la memoria de consenso de la Transición que deben distanciarse, para dar más fuerza a su argumentación, de una visión heroica de la guerra. El propósito sería dar entrada a un evento de memoria sobre la Guerra Civil que ni la echa en el olvido, ni la silencia, ni mucho menos la mitifica. El evento de crisis, el evento de memoria, desmontará por igual la necesidad de ponerla de lado además de su consideración de guerra justa y necesaria por los dos bandos. Es hora de asumir plenamente la versión de Jorge Semprún de que la guerra civil sólo sería mitología mientras fuese cosa de ellos, de los que la hicieron, y nos deshicieron, haciéndola tan mal, que sólo sería historia, al fin, sólo un saber práctico que nos permitiera vivir con ella, asumiéndola críticamente, y no desviviéndonos en sus laberintos engañosos, cuando fuese cosa nuestra: de los que no la hicimos, de los que fuimos abrumados por el peso ideológico de tan larga leyenda de signo contradictorio (2002: 92).

Es decir, la guerra sólo perderá su carga mitológica cuando se transforme en un saber práctico sobre lo que se debe y no se debe nunca hacer bajo ninguna circunstancia, y sea asumida en sus verdades y mentiras sin dejarnos despistar en sus laberintos de imposible salida. Sólo entonces devendrá conocimiento histórico. Mientras tanto, será perfectamente lícito para la literatura, que es la que nos ocupa en este momento, cumplir con su función de "desenmascarar la realidad" según Jacques Rancière, de descubrir los entramados que gobiernan las visiones mitificadoras sobre el pasado. Después, quizás el evento de memoria se confine a los museos y a las rememoraciones, sin necesidad de la intervención de lo estético para reclamar lo hecho invisible y lo ausente. Aún no ha llegado ese momento.

Habría primero que discriminar y establecer criterios entre toda la producción relacionada con la guerra. De acuerdo a los cálculos del

historiador y periodista Jean Lacouture ya se han escrito alrededor de 1600 novelas en todo el mundo sobre la Guerra Civil española. Un número demasiado elevado para encuadrarlas a todas bajo los procedimientos de verdad de Alain Badiou. Si muchas de ellas forman parte de ese evento del que se viene hablando, son menos las que cuestionan realmente las versiones de la historia y de las memorias oficiales, ésas sobre las cuales los estados, democráticos también, asientan sus legitimaciones. Hablando de los procesos de desmitificación, menos aun de esas 1600 novelas llegarían a atisbar y reformular los imaginarios colectivos.

De entre ellas, analizaré a continuación sólo dos: *Días y noches* (2000) de Andrés Trapiello y *Hombre sin nombre* (2006) de Suso de Toro. La elección de ambas responde no sólo al gusto personal sino al ser ejemplos destacables de *poiêsis* creativa - del poder de la literatura para apuntar e incluso desentrañar las claves de una realidad - y de distancia crítica para arrancarse a lo personal y traducirse en términos más amplios. La de Andrés Trapiello recoge la experiencia de la derrota republicana en lo que no pueden ser más que sus miserias y horrores. No hay heroísmos ni ideales cuando lo que se confronta es la supervivencia con instinto de cuasi animal. La de Suso de Toro se acerca al fascismo desde la psicología desesperada y asesina de quien recubre sus frustraciones vitales con los oropelos ideológicos del franquismo. No hay defensa de visiones religiosas ni políticas; sólo un simple deseo de exterminio. Ambas novelas se ubican en los vértices de una crisis de visibilidad para ampliar las presencias y compensar las ausencias con lo oculto y lo invisible. Los paradigmas habituales de comprensión del pasado no son los suficientemente finos como para recoger en sus tamices las miradas menos convencionales que estas dos novelas sí aportan.

4. Andrés Trapiello. *Días y noches*

El libro es la historia del soldado republicano Justo García Valle recogida en un diario aparentemente descubierto por Trapiello en la Fundación Pablo Iglesias. El recorrido del diario pasa por la retirada en la perdida batalla del Ebro, por la resistencia inútil, por el caos que se apodera de los soldados en los días del final de la guerra, el asesinato a manos de algunos soldados comunistas, el cruce de la frontera, los campos de concentración en Francia, la salida en un buque de nombre Sinaia y la llegada a México, donde termina la escritura.

Es de destacar cómo la constante presencia de la muerte que rodea a los soldados supone un consuelo para el narrador, porque al admitirse ya como un muerto y descartar la esperanza en la victoria o en la mejora de su situación presente, logra curiosamente controlar las dentelladas indiscriminadas de la angustia y del miedo por saber qué

ocurrirá. De igual modo, Justo no puede por menos que sorprenderse ante los comentarios de algunos soldados campesinos sobre el tiempo o las cosechas, como si no fueran a morir de un momento a otro, como si la cotidianidad, por el contrario, los alejara de esa pesadilla que es la guerra y los devolviera por unos instantes a la vida que han conocido y que les da sentido. Frente al horror del presente de miseria en el que están metidos los soldados, cada cual se defiende como puede y la preocupación por las menudencias de la lluvia o de las cosechas, que no tendrán lugar ni ellos verán, es una estrategia de resistencia para no dejarse ir por el camino seguro de la muerte antes de tiempo, o para no mirar cara a cara a esa realidad de la que no podrán escapar. Esta realidad es también la de los muertos que se encuentran por los caminos sin saber a qué bando pertenecían, ni quién ni por qué los han asesinado y los han dejado abandonados en medio de una carretera; las personas que huyen al verlos acercarse harapientos y con mucha hambre atrasada; lo saqueos de las casas o de poblaciones enteras, que Justo deplora; o el rigor de los comisarios comunistas que castigan con dureza doctrinaria los errores de los soldados dentro de las filas republicanas. Tampoco gozan de demasiada simpatía por parte de Justo.

La Guerra Civil, sobre todo cuando se está perdiendo, abandona ese carácter romántico de lucha del pueblo contra la algarada militar de los golpistas africanos y se trastrueca en lo que toda guerra es: muerte, miseria, horror, y poco más. No hay lugar para envalentonarse con mitos guerreros cuando la justicia de una causa cede todo su terreno a la baja moral de quien ha perdido el norte y solo intenta sobrevivir a costa no importa de quién: "En muchos pueblos nos temen. Los mismos que al comienzo de la guerra nos saludaban como a libertadores, ahora huyen para esconderse, por temor a las tropelías y saqueos" (2000: 72), cuando no asesinatos que quedarán impunes. ¿En qué se ha convertido el ejército del pueblo? La novela ciertamente toma partido por los perdedores aunque no lo haga en base al maniqueísmo moral de los justos contra los injustos o los que tienen de lado la razón frente a los asesinos. Relata la tragedia desde un punto de vista personal y colectivo, alejándose de una mirada objetivista donde la realidad de la guerra pudiera quedar diluida o su verdad escondida entre las cifras sin contenido humano. No pretende conmover con el exceso emocional, a pesar de contar las dificultades y la infamia humanas en los momentos más difíciles. Como reflexiona Justo sobre sí mismo: "Eso es lo peor de las guerras, terminas haciendo cosas innobles, degradándote, perdiéndote el respeto, porque cuando robas unos calzoncillos viejos de un alambre es porque crees que ya no vales nada y que estás muerto, y que a los muertos les está permitido todo" (2000: 168). ¿No se luchaba contra el fascismo con las armas de la hermandad y de la solidaridad?

Entiéndase bien que la operación desmitificadora de Trapiello no está en ningún momento cuestionando la bondad del ideal republicano. No se sitúa del lado de la equidistancia de los revisionistas que confunden a propósito republicanos con fascistas. El autor así lo remarca al final de la novela: "No sé cómo, pero tenía entonces la impresión, y la sigo teniendo, de que [nuestras vidas] de ahora, menos heroicas, se elevaban en contacto con las de aquellos otros que lucharon por ideales que siguen siendo, en medio de todo, justos y hermosos" (2000: 285). No se niega la justicia y hermosura de esos ideales, pero las anécdotas que nos cuenta Justo García en sus supuestos diarios no pueden estar más lejos de lo heroico ni más cerca del descenso a los infiernos que, como dice el tópico, siempre es toda guerra. No hay altruismo, o muy poco, cuando a uno le persigue el enemigo para darle caza. Ni la inocencia mitificadora de los ideales ni las utopías redentoras compensarán, ni aun menos conquistarán, la dureza de unos corazones embrutecidos por el acecho constante de la muerte.

5. Suso de Toro. *Hombre sin nombre*

Y muerte, el placer de quitarla, es lo único que da sentido a la vida del personaje de la novela de Suso de Toro. El espacio temporal de la novela abarca la Guerra Civil, pero lo excede, terminando con la muerte del personaje en un hospital en tiempo presente. Éste se encuentra a punto de morir y a través del recurso de la conversación con el compañero de cuarto y una escritora que quiere hacerle una entrevista, rememorará todas las oscuridades y violencias sin límite de su pasado. Este Hombre sin nombre se ha adscrito desde muy joven a una visión totalitaria de la realidad para hacer pasar su complejidad por el embudo de una visión única, heroica, utópica, e inaugurar el final de la historia con el solo instrumento de la muerte. En la novela, se asiste al despliegue de un nazi, de un fascista, cuya aspiración a construir una sociedad nueva, vendrá de la mano del exterminio de los débiles. Será una revolución necesitada de la eliminación y extirpación de todo aquello que siendo humano no se encuentra a la altura de la visión épica del personaje. Supera la divisoria tradicional entre la izquierda y la derecha, o eso pretende al menos el personaje: "Ni derechas ni izquierdas, será una revolución verdadera. Brutal, como es la vida verdadera, o no será. Lo que sea, lo que venga, será una explosión renovadora. Será cualquier cosa, da lo mismo, pero será una explosión de energía" (2006: 196). Con otras palabras, la explosión de energía asesina no irá dirigida a otro lugar que al destierro de la vida -de sus contradicciones, de sus limitaciones y miserias corporales- de la vida misma.

El acontecer del personaje gira en torno a la búsqueda de la sustancia de la vida para convertirla en excelsa o destruirla. Cual doctor Frankenstein juega con el cuerpo de cada cual, con el cuerpo social incluido,

para crear un superhombre compuesto de partes traídas a regañadientes desde la materia ya muerta y en putrefacción, pero dotadas de un aliento de vida monstruoso. La obsesión es purgar de la vida, como digo la vida misma, es decir todo aquello que no la hace trascender más allá de su vocación a rastrear por la superficie terrestre. Se desprecia lo que no viene acompañado de las virtudes del más allá, de lo que no se transformará en eterno e inmortal por su tendencia a morir constantemente, a ser mortal, a ensuciarse con los líquidos y fluidos que recorren esa caparazón de piel tan poco dada a la perduración.

Todo comienza con la perplejidad ante la muerte de su hermano a causa de un rayo, por lo impredecible de un elemento natural independiente, azaroso. Si se busca una causalidad, una razón entre tanto sinsentido, sólo se puede recurrir a un Dios cruel, sanguinario, cuando no absurdo, ridículo en su misma voluntad exterminadora. Y tanto si Dios existe en esta versión asesina como si es inexistente, corresponde al hombre de la voluntad de hierro la manipulación de la naturaleza humana para dotarla de la potencia de los dioses. En cualquier caso, la presencia de un dios en el universo, ya sea como regulador o como hacedor del mismo, que igual da, es irrelevante, y un hombre de nueva planta con la fuerza de los titanes vendrá a sustituirlo, a decidir sobre la vida de los demás, a hacer de ingeniero de sus voluntades y pasiones. Un nuevo porvenir se abre para estos hombres: "Una nueva generación tendrá que purificar el pasado y abrir el futuro" (2006: 197). ¿Qué futuro puede esperarse de un personaje así?

A sus ojos, el golpismo de los militares traidores a la República, la defensa de ideas religiosas o políticas reaccionarias y excluyentes, la defensa de una noción ultraderechista de lo español y de su lengua, la unidad territorial o para el caso los destinos universales y los imperios donde no se ponía el sol, todo ello no fueron más que vías de realización de su fascismo. Debajo de esta mitología lo que late es el impulso por destruir el pasado desde un odio a las masas sin límite, que no tienen a bien el dejarse de preocupar por banalidades como su miseria. Desde la repulsa sin contemplaciones a las reivindicaciones de los débiles que apuestan por la vida, por la protección frente a los imponderables del vivir, el personaje propone la destrucción cruel, la desintegración de la materialidad del cuerpo de la masa, previo ritual redentor de la tortura. Todo alumbramiento es doloroso, y el del futuro de la mano de este aprendiz de brujo no podrá serlo menos. En monólogo interior, el personaje se imagina una conversación con el alcalde republicano de Santiago y galleguista Ángel Casal:

El pasado no existe [. . .] sólo existe el futuro, y vosotros ya estabais todos muertos. Nosotros llegamos hasta vosotros desde el futuro. A tu amigo Camilo Díaz lo matamos por encargo, yo no tenía nada contra él, sólo el desprecio que siento por todos vosotros, sólo el deber de asesinaros, no es

nada personal. Simplemente, nosotros somos la historia, yo soy una visita de tu futuro. Hubo que martirizarlo, que machacarlo a hostias antes, hubo que mutilarle el cuerpo antes de pegarle unos tiros, es lo que se merecían (2006: 278).

¿Por qué no recurrir al bien en lugar de al mal, por qué no crear y organizar el mundo desde la bondad hacia lo humano en lugar de desde el desprecio, por qué el exterminio del diferente, del disidente, que nos recuerda la naturaleza temporal de cada uno de nosotros? Suso de Toro recurre a la explicación sicologista para entender las razones últimas del personaje. Dado lo que percibe como muerte de su madre, sin dudas de su hermano, dado el fracaso del bien, sólo el mal es la única fuerza creadora y reguladora en el universo. Con la entrada en el mal se atisba la verdadera injusticia de la vida. Apuntándose a la destrucción de la humanidad de los demás, cree sentirse protegido de los avatares del azar, de la insignificancia del mundo, del sinsentido de la vida. Se está en control de la vida de los otros. Contra la vida, en contra de los lazos de solidaridad que propicia, la receta es la del mal, el más radical y absoluto. Claro que ejercido contra los de siempre, contra esos que son la encarnadura de todo lo que el personaje rechaza con terrible vehemencia: "No hay perdón para vosotros [. . .] porque ya estabais todos muertos de antemano, estabais todos condenados por ser quienes sois, ralea de piojos, gente asquerosa, rojos y separatistas" (2006: 273). No hay condiciones que atemperen la culpa, no hay mediaciones ni perdones para nadie. ¿Dónde y cómo poner en práctica el ejercicio del mal? "Precisamente la guerra es lo que acaba con todas las circunstancias, es lo único cierto y firme, lo no contingente. La verdadera cara del Ser" (2006: 77). La República fue el intento por mitigar lo contingente en el convencimiento de que el hacer abstracción de las circunstancias produce monstruosidades. No hay posibilidad de convivencia en esta mitología del exterminio y del culto a la muerte que es la guerra.

6. Finalmente, la ética.

Ni Trapiello ni de Toro hacen abstracción de lo relevante - el sálvese quien pueda del repliegue republicano, el primero, y el placer asesino del personaje fascista y por generalización el franquismo, el segundo - apuntando a una descripción de la realidad de la guerra más viva, y más penosa. Los dos autores ponen en funcionamiento un mecanismo desmitificador que dadas las condiciones particulares de la transición a la democracia, sigue vigente. Trapiello ataca las versiones demasiado condescendientes con la guerra desde la izquierda y de Toro desde el

franquismo. Hecha la salvedad de que la República tuvo que defenderse del ataque de los golpistas, la guerra ni fue necesaria ni justa.

Dicho lo anterior, todavía quedaría por conectar esta literatura del evento político a una noción de ética que defina nuestra relación con lo destapado. Para Badiou en lugar de ligar la ética ... "to abstract categories (Man or Human, Right or Law, the Other...), it should be referred back to particular situations. Rather than reduce it to an aspect of pity for victims, it should become the enduring maxim of singular processes" (2001: 3). Más que convertir la ética en un conjunto de normas para facilitar el bien opuestas a los trabajos del mal, e incluso plasmarla en legislaciones llenas de principios rimbombantes de muy poco o ninguna efectividad práctica, Badiou propone incrustarla en el proceso singular de ruptura con lo existente del evento de crisis. No se trata de mostrar compasión por la víctima, y creer que el imperativo ético ha sido satisfecho en su totalidad. Tampoco se trata de no mostrarla, sino de que la compasión no quede reducida, y agotada, en la declaración de un buen sentimiento hacia la circunstancia desafortunada de los demás.

Dicho de otra manera, la ética por la que aquí se aboga, siguiendo a Badiou, es la acción dirigida a seguir perseverando en el conocimiento traído de la mano del evento -Badiou hablará expresivamente de un "keep going!" (2001: 52)- y que no forma parte concluyente de las narrativas de memoria de la Transición. "Persevere in the interruption" (Badiou, 2001: 47), dirá el autor, en la suspensión de lo existente y sus prácticas acomodaticias a lo que ya hay. La ética es el incentivo para persistir en la búsqueda de la verdad, para no desistir en la brecha abierta por esa verdad entre lo visible y lo invisible de la memoria, para ser revulsivo de las nociones de la Guerra Civil demasiado tranquilizadoras para los verdugos, ciertamente, pero incluso para algunas víctimas. Por eso, la ética no se refiere a situaciones generales propias de la humanidad o del hombre que diluyen la especificidad del descubrimiento realizado. Se centra en lo singular, concreto y particular, porque... "the 'ethic of a truth' is the principle that enables the continuation of a truth-process" (Badiou, 2001: 44). Continuar con el proceso de verdad significa seguir adentrándose en el proceso desmitificador.

Se está poniendo de lado la a veces bienintencionada política dirigida al reconocimiento de la memoria de los pueblos o de las personas en abstracto. El evento político, contrariamente, sustituye esta memoria por ésa otra donde su verdad viene aparejada con la exigencia del reconocimiento de las deudas pendientes que alguien tendrá que satisfacer y por su interpelación a la reparación y a la justicia. Se está relacionando el evento de la memoria y la justicia. ¿Cómo? Reyes Mate nos da una respuesta:

"¿En qué sentido la memoria es justicia? ¿Qué tiene la memoria que no tenga el derecho o la política a la hora de impartir justicia? Dice Benjamin que la memoria abre expedientes que el derecho y la razón dan

por cancelados sea porque el crimen ha prescrito, sea porque no hay sujeto solvente (capaz, por ejemplo, de devolver la vida al asesinado). La memoria reabre estos expedientes porque para ella no cuenta el tiempo transcurrido ni la solvencia del autor: lo que cuenta es el hecho de que hubo una injusticia, que no ha sido saldada y por eso sigue vigente" (Mate 2003: 38-9).

Para los dos textos literarios de Trapiello y de Toro lo que cuentan son las injusticias que no han sido reparadas y por eso nos instalan en un espacio de incomodidad, como no podría ser menos dada la ruptura con el conocimiento, estereotipos y lugares comunes heredados. Nos hace asomarnos a los problemas todavía sin resolver de un tiempo pasado, muchas veces desconocido, cuyo relato memorístico nos actualiza en el ahora lo que quedó varado en alguna esquina del transcurso temporal a la espera de un evento que lo rescatara. La justicia o la política de los estados, ciertamente de la Transición, podrá entender lo ocurrido en la guerra y durante el franquismo como saldado. No así la memoria ni la fuerza ética que la ilumina. De hecho, con un lenguaje muy cercano a Emmanuel Levinas, Badiou hablará apropiadamente del rescate de la verdad como de un "encounter" (2001: 52). El evento de la memoria, la ética subyacente que la motiva, el movimiento político que desencadena, así como sus pretensiones de justicia son un caminar hacia el hallazgo de lo que no existe, con lo que aún no está presente, un encuentro con otro que reclama un lugar en la memoria al uso para sus injusticias sufridas.

La diferencia entre los dos tipos de memoria discutidos -la oficial congratulatoria de la Transición y la del exceso de memoria partidaria de dar voz a lo invisible- se subsumen en una diferencia fundamental discutida por Badiou. Mientras la segunda, ésta por la que se ha abogado aquí discutida en relación con Trapiello y de Toro, delimita un vacío, y produce un conocimiento nuevo, suplementario al existente -las cuentas sin saldar de la justicia de Reyes Mate- la memoria oficial de la Transición es un "simulacrum of truth" (Badiou 2001: 73), más interesada en rellenar el vacío, o sepultarlo definitivamente, que en abrirse a la realidad de lo que se oculta en su interior. Si se la caracteriza como simulacro lo es porque suplanta la memoria verdadera, la del evento, con otra simulada no importa cuántas pretensiones de autenticidad auspicie.

Finalmente, ¿cómo proceder a una reconciliación efectiva si ambas memorias, de momento, transitan cada una por su lado? ¿Cómo no cuestionar los efectos políticos de la Transición si se asientan sobre ese simulacro de verdad? ¿Cómo no seguir escribiendo, y contribuyendo al evento de la memoria, si todavía no se ha más que delimitado el borde de ese agujero? No es tarea únicamente de la literatura, ni del terreno estético en general, el dar cumplida cuenta de lo invisible en la Transición. Sería exigir demasiado. Por lo mismo, sin la facultad de la literatura para

imaginar en la ficción las oscuridades y profundidades del pozo de la memoria eliminada, difícilmente se materializará ese icono simbólico y tan sintomático de una época que se ha venido en llamar la reconciliación. Para ser del todo efectiva, esta reconciliación tendrá que definirse ya desde ahora mismo como encuentro, o al menos aproximación honesta y aceptación del tipo de memoria que puja por adentrarse en el vacío para seguir indagando en él.

Referencias bibliográficas

- Aranzadi, Juan (2001): *El milenarismo vasco*. Madrid, Taurus.
- Badiou, Alain (2005): *Metapolitics*. Londres, Verso.
- Baudrillard, Jean (1989); *Cool memories 1980-1985*.
- Juliá Díaz, Santos (2004): *Historia de las dos Españas*. Madrid: Taurus.
- Lynch, Enrique (2003): *In-moral. Historia, identidad, literatura*. Madrid, FCE.
- Long, J. J. (2003): "History, narrative, and photography in W.G. Sebald's 'Die Ausgewanderten'", *The Modern Language Review* (enero 2003).
- Mate, Reyes (2003): *Auschwitz. Actualidad moral y política*. Barcelona, Trotta.
- Nietzsche, Friedrich (1983): *Untimely Meditations*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Semprún, Jorge (2002): *La escritura o la vida*. Barcelona, Tusquets.
- Trapiello, Andrés (2000): *Días y noches*. Madrid, Espasa Calpe.
- Toro, Suso de (2006): *Hombre sin nombre*. Barcelona, Lumen.
- Ugarte Tellería, Javier (2006): "El nacionalismo vasco: Mitos, conmemoraciones y lugares de la memoria. Presentación. Memoria, identidad y universo simbólico del nacionalismo vasco", *Historia y Política*, 15, enero/junio 2006.